



LOS DOS ADANES: LA CONTROVERSA DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE

«El hombre debe buscar la máxima
eficiencia en el uso de su energía y la mutua
prosperidad para sí mismo y para otros».

Jigoro Kano

Moisés de León, en su *Sefer haRimón*, señala que en el universo «todo lo que existe arriba, existe abajo», es decir, los mundos celestiales y los mundos terrenales se reflejan mutuamente como en un espejo, de forma que el total de la Creación está sujeto a un proceso de progreso, de evolución. Este mismo concepto es planteado por Rab Kook en su obra *Orot haKodesh*: «Tanto en el mundo físico como en el espiritual existe un proceso evolutivo cuyas etapas no pueden evadir la masa ni el espíritu», es decir, la evolución abarca también el aspecto espiritual, el nivel cósmico, místico.

A fin de explicar el concepto anterior, Rab Soloveitchik analiza, en su obra *La soledad del hombre de fe*, una narrativa del Génesis sumamente peculiar: la Creación del hombre, de la cual el texto bíblico presenta una primera versión, para después exponer una segunda, cuya intención no consiste en recapitular o resumir el evento, pues ambas son diametralmente opuestas, antagónicas, y nos muestran a dos hombres completamente diferentes entre sí. Como todo el contenido de los textos sagrados, esta estructuración tan singular posee un propósito específico y fundamental.

UN HOMBRE | COMO DI-S

La primera descripción de la Creación del hombre en el texto bíblico narra:

«Creó, pues, *Elokim* al ser humano a imagen suya, a imagen de *Elokim* le creó, macho y hembra los creó. Y bendíjolos *Elokim*, y díjoles *Elokim*: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.” Dijo *Elokim*: “Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la haz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros será de alimento. Y a todo animal terrestre, y a toda ave de los cielos y a toda sierpe de sobre la tierra, animada de vida, toda la hierba verde les doy de alimento.” Y así fue (...).»

«*Vaibrá Elokim et adam betzalmó betzelem Elokim bará otó zajar unekebá bará otam. Veibarej otam Elokim, vayomer lajem Elokim prú urbú umilú et ha'aretz vekivshuá urdu vidogat hayam uveof hashamaim uvejol jayá harromeshet al ha'artez. Vayomer Elokim, hine natati lajem et kol esev zorea zera asher al pnei kol ha'aretz ve et kol haetz asher bó pri etz zorea zera lajem ihiyé leajlá. Ulejol jayat ha'artez ulejol of hashamaim ulejol romesh al ha'artez asher bó nefesh jayá et kol yerek esev leajlá, vayehí ken (...)*» (Gn 1:27).

Esta primera narración nos brinda varios puntos importantes a desglosar:

- a) asevera, literalmente, que *Elokim* creó al hombre: *Vaibrá Elokim*;
- b) establece con total claridad que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Di-s: *betzalmó betzelem Elokim bará otó*;
- c) afirma la Creación simultánea de hombre y mujer: *zajar unekebá bará otam*;
- d) plantea de forma determinante que el Creador otorga la tierra al hombre para que la domine, cubriéndola con su especie: *prú urbú umilú et ha'aretz*, y conquistándola: *vektivshuá*.

En esta primera versión, el texto bíblico afirma que el hombre fue creado por *Elokim*, el mismo nombre empleado al principio del *Génesis* para referir las fases de la Creación. Como ya hemos mencionado, *Elokim* es la denominación que define a la fuerza con la que el Todopoderoso se manifiesta en el mundo físico, material¹.

Hasta este punto, lo único que sabemos de Di-s es la información contundente que brinda el texto: Él creó el mundo y al hombre. Así, nuestra primera referencia sobre el Creador es, precisamente, que es un ser *que crea*, es una entidad creativa. Por ello, cuando la narración afirma que el hombre fue creado a Su imagen y semejanza, *tzelem Elokim*, también está aseverando la propia cualidad inteligente, creadora, creativa y productiva del ser humano, a través de la cual debe cumplir con el mandato de conquistar, *ktivshuá*, la tierra. Me-

1. V. p. 61



dante esta encomienda, Di-s afirma que todo lo existente en el planeta, cada ave, cada pez, cada vegetal, cada animal, pertenece al hombre para su uso y sirve al objetivo de ayudarlo a convertirse en el ser que gobierna sobre este mundo.

A fin de conseguir dicho propósito, este primer hombre debe ser funcional, debe aprender a utilizar todos los recursos de su medio ambiente en su propio beneficio; por ello, comienza planteándose una pregunta fundamental: *¿cómo funciona?*, cuestionamiento primario a partir del cual han nacido todos los descubrimientos e inventos de la humanidad. El fuego, la luz, la energía llevaron a alguien a preguntarse *¿cómo funciona?*, la respuesta propició la reproducción de los fenómenos naturales y el intento, en muchos casos exitoso, de someterlos.

Como podemos observar, esta pregunta primaria no es existencial, es una cuestión, simplemente, práctica, pues este hombre solo realiza planteamientos pragmáticos capaces de generar progreso y tecnología, los cuales, a su vez, encierran en sí mismos el espíritu del hombre por comprender, por *re-crear*.

De modo que este primer Adam² es práctico y utilitario, en palabras de Rab Soloveitchik: «Su propia dignidad le impulsa a ser así», es decir, el hombre obtiene mayor mérito y es más digno, mientras más conoce, mientras *es más capaz*. El ser humano es más digno desde que es capaz de cruzar el planeta en unas cuantas horas; de llegar a la luna; de sumergirse a grandes profundidades por tiempos prolongados; y de curar un sinnúmero de enfermedades; sus capacidades le ayudan a ser mejor y más majestuoso.

Entonces, este hombre primigenio de la primera narrativa es uno exitoso, productivo, atrevido, osado, inquisitivo, inteligente, astuto, sagaz, activo, dinámico; es el hombre que ha logrado conquistar el mundo mediante la creación de medios a través de los cuales aprovecha y transforma los recursos del entorno que le fue otorgado. Es un hombre que todo el tiempo está avan-

zando, que posee un sentido de competencia por medio del cual encuentra satisfacción al alcanzar determinadas metas antes que otros y, sobre todo, es un hombre que se siente digno, merecedor, majestuoso, porque es capaz: “puede”.

Ahora bien, para este hombre también son muy importantes la estética y la funcionalidad. De acuerdo con el planteamiento de Rab Soloveitchik, el *tzelem Elokim* organizó el cosmos³, creó un universo armonioso y un mundo estético de un espacio que era *tohu vabohu*, ‘caos’. Estas cualidades también las posee el hombre, de ahí que el orden sea, asimismo, parte de su dignidad, de su majestuosidad y del avance de la sociedad.

Así, la mayoría de los descubrimientos y progresos del hombre son resultado de ese deseo de conquistar la tierra, pues más allá de concentrarse únicamente en su subsistencia, busca los medios para proporcionarse seguridad, poder, eficiencia, belleza y comodidad.

Todo lo anterior se circunscribe a una esfera de obediencia al Creador, quien al encomendar al hombre la conquista de la tierra, le está ordenando no ser pasivo, lo impulsa y lo motiva a ser exitoso, productivo y a poner un grano de arena en el progreso de la civilización. Este concepto se contrapone a la idea muy difundida de que aquel que es exitoso o ha alcanzado una posición encumbrada vive alejado de Di-s, cuando, en realidad, esforzarse, trabajar y alcanzar objetivos representan una manifestación de obediencia a una orden Divina.

Para cumplir con el mandato Divino de conquistar la tierra, el ser humano debe también satisfacer la orden de reproducir la especie y propagarla en el mundo. Ambas encomiendas apuntan la necesidad práctica que tiene el hombre de congéneres, razón por la cual varón y hembra son creados simultáneamente, están unidos en una relación utilitaria que persigue metas comunes: el ser humano debe producir y reproducirse, crear y triunfar, y juntos, hom-

2. Adam. Adán, hombre.

3. Cosmos. Palabra de origen griego que significa orden y ornamento.



bre y mujer, deben alcanzar dichos objetivos.

Esta concepción coloca a la mujer en una situación de equidad con respecto al hombre, idea diametralmente opuesta al concepto anquilosado y sexista de la mujer como un ser inferior a sus congéneres masculinos.

En este sentido, cabe señalar que la noción de la mujer y su rol social también han evolucionado a través de la historia y en diversos contextos, hecho fundamental en el desarrollo global del ser humano, pues conforme más avanzamos en la evolución, más nos acercamos a ese *tzelem Elokim*, cuyas interrelaciones e interacciones femenino-masculino son esenciales para el progreso de la humanidad en conjunto.

UN HOMBRE | CON DI-S

La segunda versión de la Creación del hombre narra el suceso de la siguiente manera:

«Entonces *Ado-nai Elokim* formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente. Luego plantó *Ado-nai Elokim* un jardín en Edén, al Oriente, donde colocó al hombre que había formado. *Ado-nai Elokim* hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. De Edén salía un río que regaba el país y desde ahí se repartía en cuatro brazos. El uno se llamaba Pisón: es el que rodea todo el país de Jabilá, donde hay oro. El oro de aquel país es fino, allí se encuentra el bedelio y el ónice. El segundo río se llama Guijón, es el que rodea el país de Kus. El tercer río se llama Tigris: es el que corre al oriente de Asur. Y el cuarto río es el Éufrates. Tomó, pues, *Ado-nai Elokim* al hombre y le dejó en el jardín de Edén para que lo labrase y cuidase. Y *Ado-nai Elokim* impuso al hombre este mandamiento: “De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás (...)”. El hombre puso nombres a todas las bestias, a las aves del cielo y a todos los animales del campo (...). Y formó *Ado-nai Elokim* la costilla que había tomado del hombre en una mujer».

«*Vayitzer Ado-nai Elokim et adam afar min haadamá vaipaj veapav nishmat jaim vayehí adam lenefesh jayá. Vaitá Ado-nai Elokim gan beEden mikedem vayasem sham et adam asher yatzar. Vayatmaj Ado-nai Elokim min haadamá kol etz nejmad lemar'é vetov lemaajal veetz hajaim betoj hagán veetz hada'at tov vará. Vena'ar yotzé meEden lehashukot et hagán umisham ipared vahayá learvá rashim. Sham haejad Pishón hú esovev et kol eretz haJabilá asher sham hazahav, uzahav ha'aretz hahú tov sham habedolaj veeben haseam, vesham hana'ar hasehni Guijón hú hasovev et kol eretz Kush. Vesham hana'ar hashlishí Jadekel hú haolej kidmat Ashur vehana'ar harevi'i hú Perat. Vaikaj Ado-nai Elokim et haadam veyanijhú beGan Eden leavdá uleshamró. Vayetzav Ado-nai Elokim al haadam lemor mijol etz hagán ajol tojlel umeetz hada'at tov vará lo tojal (...). Vayikrá haadam shemot lejolel habeemá uleof hashamaim ulejolel jayat hasadé (...). Vayiben Ado-nai Elokim et hatzelá asher lakaj min haadam leishá» (Ib. 2:7-22).*

Los puntos a destacar de esta versión son los siguientes:

- a) se introduce otro nombre de Di-s: *Ado-nai Elokim*, una denominación más poderosa;
- b) el Todopoderoso creó al hombre del polvo de la tierra: *afar min haadamá*;
- c) insufló al hombre Su espíritu, *neshamá*, para darle vida;
- d) colocó al hombre en el *Gan Eden*, el Paraíso, para trabajarlo y cuidarlo;
- e) el hombre es creado solo y más tarde, tras un lapso indeterminado, es creada la mujer.

En comparación a la primera versión, en la que el texto afirma que *Elokim* creó a ese hombre práctico y utilitario, en esta se introduce a *Ado-nai Elokim*, pues el ser humano, creado a imagen y semejanza del Creador, también posee una cualidad espiritual a la cual no puede acceder únicamente con los recursos de su mundo físico.

Por ello, nos dice la narración bíblica, este segundo hombre es creado a través de la fuerza metafísica del Todopoderoso, la cual le permite conectarse con el *Ein Sof*, el poder infinito.

El primer Adam se relaciona con el Todopoderoso a través de su capacidad creadora, mas no es consciente de dicha relación, por lo que se mantiene



en el nivel de *Elokim*, es decir, está alineado al proyecto Divino, mas no realiza sus obras inspirado en satisfacer una voluntad superior. De manera opuesta, este segundo hombre, creado por *Ado-nai Elokim*, es consciente del vínculo íntimo que lo une continuamente al Creador y lo tiene siempre presente; esta conciencia le permite acceder a un estado de apreciación, de reflexión sobre cuestiones más trascendentes que rebasan sus intereses materiales.

Asimismo, esta versión establece que el hombre fue creado *afar min haadamá*, ‘polvo de la tierra’, hecho a través del cual el primer Adam, creado a imagen y semejanza de Di-s —glorioso, majestuoso, creativo y poderoso—, adquiere una nueva cualidad: la humildad. Mediante esta simple frase, la narrativa bíblica enfatiza que si bien el ser humano es *tzelem Elokim*, “no es Di-s”; la simbología del polvo denota la vulnerabilidad del hombre: es el móvil de este mundo, de este planeta, pero, al mismo tiempo, no es nada. Inmediatamente después de mencionar la materia con la que fue creado, la *Torá* señala: «*vai paj ve pav nishmat jaim*», “le insufló aliento de vida”: el Creador le transfirió Su espíritu.

Por medio de las menciones al polvo y al aliento dador de vida, el texto indica que la humildad permite al ser humano conectarse con una fuerza más elevada, una fuerza espiritual superior, cuya permanencia no depende de la manifestación física exitosa de su capacidad utilitaria, pues aunque el hombre no alcance a emular al Todopoderoso como *tzelem Elokim*, la *neshamá*, el aliento Divino contenido en él, prevalece inmutable.

De modo que este segundo Adam es, al mismo tiempo, majestuoso y vulnerable. Es un hombre humilde, conocedor de sus límites, consciente de que es «*afar vaefer*», ‘polvo y ceniza’: nada, pues dentro de toda la Creación representa un elemento mínimo y frágil; pero desde esa humildad es capaz de reconocerse también como el ser supremo de la Creación, pues sabe que, parafraseando al *Talmud*, *bishbiló nibrá haolam*, ‘para él fue creado el mundo’ (*Sanedrin* 4:5).

El primer hombre, bajo la encomienda de conquistar la tierra, no tiene límites, surca los cielos y viaja a las profundidades del océano para regir sobre las

aves del firmamento y los peces del océano. Sin embargo, a este segundo Adam, el Todopoderoso lo coloca entre límites inviolables; lo sitúa en un escenario perfecto, denominado *Gan Eden*, el ‘Jardín del Edén’, y le ordena ‘trabajar’ y ‘cuidar’ la tierra: «*leavdá uleshamró*», es decir, su único deber consiste en conservar esas circunstancias ideales, para lo cual es necesario que cuide de su nexo con el Creador y del propósito trascendente imbuido en su espíritu.

La descripción detallada del Edén indica que este hombre, consciente de su pequeñez y vulnerabilidad, tiene el sustento garantizado a fin de que pueda realizar su tarea prioritaria, consistente en contemplar el universo, sin retarlo ni tratar de someterlo, únicamente admirándolo y asombrándose ante él, actividad que le permite satisfacer su espíritu y a través de la cual establece su conexión de intimidad con el Creador.

Exento de otras responsabilidades, puede dedicar su tiempo a la reflexión y a la contemplación; para él, la pregunta primordial no es *cómo funciona*, sino *para qué funciona*, cuál es el sentido trascendental de la Creación y de sí mismo como parte de su engranaje. A esto se refiere la frase atribuida a Mark Twain que afirma: «Los dos días más importantes en tu vida son el día en que naciste y el día en que descubres por qué».

El vínculo de intimidad con el Creador constituye la razón de que, en esta segunda versión, la mujer sea creada después del hombre, pues en la esfera de la relación íntima e individual con Di-s hombre y mujer no son iguales. Cada uno, con sus respectivas naturalezas femenina y masculina, se vincula con el Todopoderoso de manera diferente, mediante su propia espiritualidad y ninguno de los dos debe penetrar en ese espacio personal y exclusivo del otro.

Por ello, el texto establece claramente que uno fue creado antes que el otro, pues no hay necesidad de aferrarse mutuamente a una homogeneidad obligada; cada cual debe ser libre para realizar el trabajo personal que implica encontrar su propio espacio de intimidad con Di-s y para desarrollar el papel específico a través del que cada uno contribuye al propósito trascendente de la Creación.



El primer hombre es impulsado a avanzar, a crear y a construir, su cualidad utilitaria le impide ser un ermitaño, necesita de otros para cumplir con la tarea que le fue encomendada, por ello es creado en equipo. Por su parte, la cualidad espiritual del segundo Adam exige, justamente, lo contrario: aislamiento, soledad; se le motiva a retroceder y a tomarse su tiempo para alcanzar una visión introspectiva más amplia de sí mismo y de su realidad. Para que aparezca la mujer, este hombre debe atravesar, primero, por un lapso en que observa el comportamiento de los animales, los nombra y experimenta la soledad al reconocerse como único en su especie; esta labor implica para él un sacrificio personal que está dispuesto a realizar, aspecto que también lo diferencia del primer hombre, cuya tendencia natural no se inclina hacia el sacrificio.

EL HOMBRE | DE VITRUVIO⁴

Ninguno de los hombres anteriormente descritos es perfecto, ambos tienen aspectos positivos y negativos. A través de las dos versiones narrativas, la *Torá* nos indica que se trata de un solo ser que debe responder a las cualidades de ambos arquetipos, pues su equilibrio se encuentra en esa naturaleza dual, en la intersección del hombre majestuoso, digno, y el hombre humilde, contemplativo.

Ambas versiones de la creación de Adam nos enseñan cómo ser *tzelem Elokim*, cómo emular al Creador y apegarnos a Él a través de las cualidades del primer hombre, pero sin olvidarnos del segundo; por ello, uno avanza y el otro retrocede, para que entendamos que el mejor camino es el *shvil hazahav*, la senda intermedia. El segundo hombre convierte al primero en trascendente y sagrado, lo integra a la realidad espiritual y brinda a sus logros un marco ético y moral, de justicia y equidad; le proporciona el balance necesario para que su ambición no lo conduzca a la autodestrucción.

4. *El hombre de Vitruvio* es el famoso dibujo de Leonardo da Vinci conformado por una figura masculina desnuda en dos posiciones superpuestas, la cual se halla colocada en el interior de un círculo y un cuadrado; la imagen está basada en textos del arquitecto romano Vitruvio, de quien el dibujo toma su nombre.

El dilema

El gran problema en la actualidad es que el primer hombre ha rebasado al segundo. La gran velocidad que la tecnología confiere al progreso del ser humano genera mayores conflictos y fracturas sociales, los cuales derivan en que el primer Adam se encuentre en un estado de insatisfacción constante y de infelicidad, evidencia de la necesidad, hoy más patente que nunca, de atender al desarrollo del segundo hombre.

Inmersa en los avances imparables de la tecnología y embebida en una dinámica dominada por el consumo, nuestra generación es, efectivamente, una más digna, majestuosa, poderosa y competitiva, pero también es una generación que, en la misma medida, debe asumir la responsabilidad de responder al desafío de sincronizar a ambos hombres poniendo mayor tesón en fortalecer y hacer avanzar al que ha quedado rezagado.

Lo sagrado y lo profano

La integración de los dos Adam constituye la esencia del judaísmo, fundamentada en el arte de santificar el mundo material, el cual constituye uno de los objetivos de cada una de las bendiciones que se pronuncian cotidianamente. Por ejemplo, la bendición de agradecimiento por el alimento reza: «*Baruj hagueber asher ibtaj baAdo-nai*», “bendito el hombre que confía en Di-s”. La palabra *gueber*, ‘hombre’, contiene la misma raíz que el término *guibor*, ‘valiente’, ‘fuerte’, ‘poderoso’, es decir, alude a ese ser capaz que representa el primer Adam; sin embargo, aun sabiéndose poseedor de dichas cualidades, mediante el enunciado “que confía en *Ado-nai*” admite que su seguridad y el motivo de su éxito provienen del Todopoderoso, reconocimiento que lo mantiene en contacto con el sentido de trascendencia conferido al segundo Adam, el cual da a sus acciones un carácter ético y moral.

La bendición anterior expresa la sincronía que debe prevalecer entre ambos



Adanes, la cual constituye el principio que rige el camino hacia el perfeccionamiento de la sociedad y del mundo, pues a través de ella se consagra el papel que juega el hombre en la Creación. Un proverbio jasídico señala que *Di-s habita donde lo dejan entrar*, es decir, la santificación del primer hombre consiste en permitir que el Creador “penetre” en todos sus quehaceres, razón por la cual los preceptos del judaísmo abarcan, prácticamente, todos los ámbitos de la vida cotidiana.

De lo anterior se desprende que diferenciar o escindir lo sagrado de lo profano es un error, pues la dimensión física no compone un espacio mundano, sino que constituye, en sí misma, el medio a través del cual el ser humano consagra su papel en el mundo y, por lo tanto, representa una etapa preliminar del ámbito sagrado. Por ello, también resulta equivocado pensar que acceder a lo sagrado exige abandonar lo mundano, pues reducir la santificación del mundo terrenal a la mera abstención de lo profano niega al primer Adam, a la dimensión espiritual y al propósito trascendente del hombre en el universo, al tiempo que afirma la renuncia del primer hombre a consagrarse a dicho propósito, pues como afirma Martin Buber: «La verdadera santidad del hombre consiste en la santificación de lo humano que existe en él»⁵.

Este proceso de santificación comienza en las profundidades del ser, en el espacio donde se comunican los dos Adam, desde ahí el hombre toma la decisión de poner en marcha la transformación que conduce al balance y a la sincronía entre ambos. Cada ser humano contiene en sí mismo a ambos Adanes, el reto individual consiste en trabajar para que ambas fuerzas evolucionen en equilibrio, de manera orgánica, pues solo desarrollándolos juntos, como una unidad constantemente balanceada, podemos evolucionar tanto en el plano material como en la dimensión espiritual.

5. Buber, M. *Op. cit.* p. 46.

Primer Adam hombre majestuoso	Segundo Adam hombre contemplativo
<ul style="list-style-type: none"> • Creado por Elokim. • Creado a imagen y semejanza de Di-s. <ul style="list-style-type: none"> • Dotado de capacidad creativa. <ul style="list-style-type: none"> • Hombre y mujer creados simultáneamente. <ul style="list-style-type: none"> • Sin límites. • No es consciente de su relación con Di-s. 	<ul style="list-style-type: none"> • Creado por Ado-nai Elokim. • Creado del polvo de la tierra. <ul style="list-style-type: none"> • Provisto del espíritu de Di-s. <ul style="list-style-type: none"> • Hombre y mujer creados asincrónicamente. <ul style="list-style-type: none"> • Limitado. • Se mantiene constantemente vinculado a Di-s.
Objetivo	
Reproducirse y conquistar la tierra.	Trabajar para mantener las condiciones de su mundo y cuidar el propósito trascendente de su existencia.
Características	
<ul style="list-style-type: none"> • Utilitario <ul style="list-style-type: none"> • Se pregunta: ¿cómo funciona? • Inteligente • Científico • Pragmático • Funcional <ul style="list-style-type: none"> • Digno • Dinámico • Intrépido • Gregario • Poderoso 	<ul style="list-style-type: none"> • Espiritual <ul style="list-style-type: none"> • Se pregunta: ¿para qué funciona? • Intelectual <ul style="list-style-type: none"> • Filósofo • Reflexivo • Existencialista <ul style="list-style-type: none"> • Humilde • Pasivo • Prudente • Solitario • Vulnerable
Propósito de su desarrollo equilibrado	
<p>Alcanzar el perfeccionamiento del mundo consagrando así el papel del hombre en la Creación.</p>	

